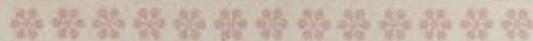


LAT-2257

Carlos Monsiváis y  
José Emilio Pacheco

Elena Poniatowska



# EL DERECHO A LA LECTURA



EDICIONES ERA  
EDITORIAL JOAQUÍN MORTIZ  
EDITORIAL NUESTRO TIEMPO  
EDITORIAL NUEVA IMAGEN  
EL COLEGIO DE MÉXICO  
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
LA PRENSA MÉDICA MEXICANA  
MARTÍN CASILLAS EDITORES  
SIGLO XXI EDITORES

**Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco**

**Elena Poniatowska**

## **EL DERECHO A LA LECTURA**

• De • edito • no • no • • • • •

centralizar el control, desde todas las ángulos posibles, las problemáticas de nuestra industria editorial. Ante una crisis económica que no exceptúa a los demás, se impone una reflexión conjunta de editores, escritores, periodistas, librerías y lectores. Sin el análisis de fondo que sólo puede ser tarea colectiva, cualquier solución que se ofrezca será necesariamente circunstancial.

Apenas hace falta indicar que la persistencia de la crisis económica ha modificado considerablemente las cifras señaladas en los textos.

EDICIONES FRS

EDITORIAL JOSQUÍN MARTÍN

EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

EDITORIAL NUEVA IMAGEN

El Colegio de México

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

LA PRENSA MEXICANA MEXICANA

MARTÍN CASILLAS EDITORES

SIGLO XXI EDITORIAL

No. Lat.	2257
No. Adq.	563
No. Sist.	1386
Tipo de Adq.	Donación
Fecha	08.06.2017

Al publicar cuatro artículos de reconocidos escritores mexicanos, parte de una polémica muy amplia, este grupo de casas editoras renueva uno de sus compromisos centrales: examinar, desde todos los ángulos posibles, los problemas de nuestra industria editorial. Ante una crisis económica que no exceptúa sector alguno, se impone una reflexión conjunta de editores, escritores, periodistas, libreros y lectores. Sin el análisis de fondo que sólo puede ser tarea colectiva, cualquier solución que se ofrezca será notoriamente circunstancial.

Apenas hace falta indicar que la persistencia de la crisis económica ha modificado considerablemente las cifras señaladas en los textos.

- EDICIONES ERA
- EDITORIAL JOAQUÍN MORTIZ
- EDITORIAL NUESTRO TIEMPO
- EDITORIAL NUEVA IMAGEN
- EL COLEGIO DE MÉXICO
- FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
- LA PRENSA MÉDICA MEXICANA
- MARTÍN CASILLAS EDITORES
- SIGLO XXI EDITORES

# Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco

## 1. El derecho de leer

Unomásuno, viernes 17 de diciembre de 1982

I

En el curso de 1982, el año de la catástrofe, el precio de los libros mexicanos ha aumentado en un 75 por ciento; el de los libros extranjeros en un 150 por ciento. A comienzos de 1983 el precio del papel para libros subirá en un 80 por ciento, más lo que determinen la nueva paridad frente al dólar y el continuo deslizamiento del peso.

Un 70 por ciento del público lector mexicano está formado por estudiantes de educación media y superior. Ellos y ellas son los consumidores gracias a los cuales han alcanzado grandes tirajes libros como *El laberinto de la soledad* y *Pedro Páramo*. La industria editorial mexicana encuentra su mercado fundamental en el terreno de la educación.

Entre las inmensas carencias nacionales figura la falta de un sistema de bibliotecas públicas con un mínimo de eficiencia y actualización. La línea de producción editorial que en los últimos años desarrollaron el Estado y las universidades ahora, según las declaraciones del secretario de Hacienda, quedará reducida al mínimo como parte del programa de austeridad.

Ya en estos momentos su altísimo costo ha hecho que en los

centros de educación superior no se lean tantos libros como capítulos fotocopiados. Corremos el grave peligro de reducir al grado xerox de la cultura y la formación académica a quienes hoy estudian humanidades, ciencias y técnicas.

Desde el pasado lunes Dimsa, la empresa que distribuye la inmensa mayoría de las publicaciones importadas, fijó su propia paridad a 210 pesos por dólar. Así, las revistas de circulación masiva que en los Estados Unidos cuestan en su moneda 1.25, en México han empezado a venderse a 315 pesos. Publicaciones especializadas indispensables para las personas del ramo, como por ejemplo *Architectural Digest*, cuestan 1090 pesos. Hace un año se vendían por 200.

De modo pues que el caso, grave en todos los campos, es desesperado en materia de publicaciones científicas. Pensemos nada más en lo que significa para todos la ausencia de nueva información médica o petroquímica. Este aislamiento corre el riesgo de ser comparable al de los 300 años de soledad que fueron los siglos coloniales, origen de nuestra ineficiencia, corrupción y dependencia. En un mundo cada vez más intercomunicado e interdependiente, un corte de esta naturaleza puede condenar a México a la eterna imposibilidad del desarrollo y a la perpetuación del hambre y la miseria cada vez más atroces.

## II

En estas condiciones la aplicación del Iva a libros y revistas significaría una nueva derrota. El gobierno consagraría la cultura y la lectura, que es su indispensable instrumento, como actividades de lujo y, hoy como nunca, privilegio de unos cuantos.

El proyecto cultural del nuevo sexenio se inicia con esta medida tributaria capaz de destruir en el campo educativo cuanto han hecho los gobiernos posrevolucionarios a partir de que José Vasconcelos llegó a la Secretaría de Educación Pública en 1921. Por vez primera un régimen mexicano aplica un impuesto al lector que parece una variante de la gabela santanista sobre las ventanas.

Si se aprueba esta reforma impositiva, que no resuelve nada por lo que respecta a nuestra bancarrota y sí penaliza la cultura

y la educación, el Estado favorecerá sin medida los privilegios sociales. Leer será uno más de los atributos de clase.

En los últimos años se ha logrado un principio de democratización de la lectura. Cientos de miles de jóvenes y muchachas han tenido por primera vez acceso a la página. Sumado al brutal encarecimiento, el impuesto aún más brutal privatizaría de nuevo la lectura, negaría a núcleos amplísimos de mexicanos el derecho de leer e inutilizaría, por tanto, todos los esfuerzos de alfabetización.

El Estado de ninguna manera puede contribuir a este desastre mediante un impuesto que cobra el Iva al desarrollo de la educación en México y afecta violentamente un derecho de toda comunidad humana.

Aplicarle el Iva a la lectura y a la instrucción dejará muy poco en recaudaciones al Estado a cambio de lo muchísimo que está en peligro de destruir. En la hipótesis más optimista, la severa contracción de la demanda se traducirá, como siempre, en una baja de la producción, y, por supuesto, en desempleo masivo y nulas posibilidades de cobrar los ansiados impuestos.

En la hipótesis más descarnada la aplicación del Iva a libros y revistas, siempre aparte de causar los daños anteriormente expuestos, hundiría a una de las pocas actividades que tradicionalmente han funcionado bien en México: nuestra literatura, una expresión que como todo arte pertenece al pueblo mexicano y que el Estado no tiene obligación de subsidiar pero sí de preservar y defender. Por si todo lo anterior fuera poco, la medida podría hacer zozobrar a dos actividades vitales para el desarrollo del país, como son la industria editorial y la de artes gráficas que depende en gran medida de la primera.

## III

México firmó en 1971 la Carta Internacional del Libro que consta de diez artículos:

I. Todo el mundo tiene el derecho de leer.

II. Los libros son indispensables para la educación.

III. La sociedad tiene el deber de establecer las condiciones propicias para favorecer la actividad creadora de los autores.

IV. Una sana industria editorial propia es indispensable para el desarrollo nacional.

V. Para el desarrollo de la edición resultan indispensables condiciones favorables para la producción de libros.

VI. Los libreros constituyen un vínculo fundamental entre editores y lectores.

VII. Como hogares del conocimiento artístico y científico y centros de radiación de la información, las bibliotecas forman parte de los recursos nacionales.

VIII. Como medio de conservación y difusión la documentación sirve a la causa del libro.

IX. La libre circulación de los libros entre los países constituye un complemento indispensable de las producciones nacionales y favorece la comprensión internacional.

X. Los libros sirven a la causa de la comprensión internacional y de la cooperación pacífica”.

El artículo primero especifica: “La sociedad debe obrar de manera que toda persona pueda participar de los beneficios de la lectura. En un mundo donde el analfabetismo impide a una gran parte de la población acercarse a los libros, los gobiernos tienen el deber de contribuir a la eliminación de esta calamidad pública...”.

#### IV

Mañana será tarde. Hoy todavía gobernantes y gobernados estamos a tiempo de impedir que se ahonde el desastre mexicano. Es deber del Estado y de la sociedad conservar ese mínimo subsidio a la lectura y el conocimiento que es la eliminación del Iva para libros y revistas. El gobierno que preside Miguel de la Madrid tiene la obligación de defender para el pueblo de México el derecho a la lectura.

## 2. La guerra contra el libro

Unomásuno, lunes 29 de agosto de 1983

Para la crisis económica, política, social, moral y cultural de México no parece haber en lo inmediato solución ni salida. En estas condiciones se diría frívolo o irresponsable preocuparse por el destino de la lectura. Las personas en quienes, a pesar de todo, sobrevive la necesidad o al menos el deseo de leer son, por muy mal que estén, privilegiadas ante la multitud de los pobres cada día más pobres: los treinta millones de mexicanos víctimas de lo que un eufemismo tecnocrático llama “subalimentación” y en español se dice simple y rotundamente *hambre*.

#### I

Entre nosotros leer y escribir, ser estudiante universitario o trabajador intelectual, siempre significó pertenecer a una élite que hasta hace poco justificaba la mala conciencia de sus prerrogativas con la esperanza de que, algún día, el conocimiento acumulado y el disfrute de las obras literarias y artísticas iban a estar a disposición de todos los mexicanos. En agosto de 1983 ese día se ha alejado considerablemente.

En plena era electrónica estamos regresando a los tiempos en que los criollos —el único grupo novohispano que tuvo hasta cierto punto acceso al saber— se quejaban de que sus explotadores europeos los considerasen estúpidos, ya que la carestía de los libros importados y los costos locales del papel y la imprenta eran obstáculos insalvables para su desarrollo intelectual, y por tanto, social, económico y político. Una de las brutales consecuencias de la crisis es el regreso *de facto* a un orden cripto-colonial: México parece de nuevo un país en venta que ofrece a un costo bajísimo, para quien paga en dólares, todo lo que en este mundo puede comprarse.

En los primeros meses de 1983, con precios muy inferiores a los actuales, la insistencia en el alto costo de los libros y su conversión ineluctable en objetos de lujo, mereció artículos, declaraciones, entrevistas, encuestas, llamadas de atención... Pero no pasó de allí. Quizá porque se ha mitificado su condición secundaria, subalterna, de asunto superestructural, la lectura no es asunto prioritario del Estado ni de los partidos políticos ni, por lo visto, de la sociedad civil.

Mientras tanto, la carestía del libro se agudiza hasta convertirse en una más de nuestras catástrofes. Los libros españoles, tan indispensables en todos los órdenes, cuestan de mil 500 a 5 mil y 6 mil pesos. Textos fundamentales para la enseñanza o la actualización de conocimientos en medicina, ciencias, ingeniería, economía, arquitectura, contabilidad, etcétera, cuestan de 4 mil a 40 mil pesos y aun más.

El precio del papel en México ha aumentado cuatro veces en lo que va del año. Todas las editoriales han tenido que reducir drásticamente sus planes de publicación. Un buen número de suplementos culturales, que fueron tradicionalmente medios de democratizar la cultura, han desaparecido, están en trance de morir o, en el mejor caso, de limitar considerablemente sus páginas. Muchas de las escasas librerías del país se han visto obligadas a cerrar.

Las crecientes dificultades para adquirir libros y revistas por parte de los estudiantes y el público en general no sólo indican una *reprivatización de la cultura*, si recordamos las grandes cifras de venta alcanzadas en años anteriores. Estas contrariedades suponen también una reducción inevitable del proceso de la enseñanza media y superior. Es decir, entrañan el desplome de los niveles ya no digamos académicos sino de llana y simple información.

Cuando la compra de un solo libro se transforma en *sacrificio familiar* la función natural de la lectura se altera. Se vuelve, en

la psicología del consumo, *un privilegio de clase*. En el México de 1983 leer empieza a considerarse un lujo más, algo que sólo se hará cuando se disfrute de una posición holgada. El placer de la lectura queda ideologizado e inscrito en el mismo nivel que una ida a un centro nocturno muy *exclusivo*. Por decirlo así, el derecho de leer se regala —como se obsequió el Iva a los intermediarios y a los dueños de restaurantes— a una burguesía como la nuestra que aprendió a leer pero rara vez ejercita esta actividad.

La lectura se reprivatiza precisamente cuando hay *un millón de estudiantes de enseñanza superior en México*. Esto no quiere decir que la burguesía se apodere monopólicamente de la cultura sino que, ante nuestra pasividad, a la cultura se le está cancelando toda perspectiva democrática, todo poder para estimular a grandes sectores. Nuevamente se la reduce al goce de unos cuantos. Goce legítimo, sin duda, pero inaceptable en la medida de las necesidades nacionales de hoy y de mañana.

Esto es algo de lo mucho que sucede en el terreno de los libros. Al mismo tiempo las publicaciones periódicas, que sufren aumentos incesantes en todos sus costos de producción, ven disminuir día con día su radio de alcance. En numerosas ciudades del país, sobre todo en las fronterizas, el precio de diarios y revistas se aumenta a un grado de abuso intolerable hasta duplicar y a veces triplicar lo que cuestan al público en el DF.

Las páginas periodísticas, que la tradición liberal consideró "el libro del pueblo", los libros de quienes no tienen para comprar libros, se están volviendo inaccesibles sobre todo para trabajadores y estudiantes de provincia, quienes pocas veces disponen como alternativa de buenos periódicos locales. Sin bibliotecas en donde se formen y sin diarios y revistas en que se informen, los lectores de provincia se están quedando aislados por partida doble, y eso no puede permitirse.

Por si todo lo anterior no configurara el cuadro de un desastre sin paralelo en la historia cultural del México independiente, las tarifas postales han aumentado en cifras inconcebibles: un

alza del 9,900% (*nueve mil novecientos por ciento*) no se había visto ni siquiera durante la hiperinflación que acabó con la república de Weimar y abrió camino al asalto hitleriano del poder.

Ésta es, en la irrefragable elocuencia de los números, la verdad aterradora de lo que tiene que pagarse en el México de 1983 para enviar libros, folletos, periódicos y revistas de un lugar del país a otro o bien al exterior:

COSTOS POR ENVÍO DE LIBROS  
(en pesos mexicanos)

	1982	1983 1o. de enero	Porcentaje de aumento	1983 1o. de julio	Porcentaje de aumento
Envíos postales en México					
por 1 kilo:	0.50	35.00	6 900%	50.00	9 900%
por 10 kilos:	59.00	290.00	392%	430.00	629%
Registrado:	3.00	10.00	233%	15.00	400%
Envíos marítimos al exterior:					
por 1 kilo:	50.00	108.00	116%	120.00	140%
por 10 kilos:	126.00	270.00	114%	800.00	535%
Certificado:	10.00	35.00	250%	50.00	400%
Envíos aéreos por kilo:					
América del Norte:	100.00	280.00	180%	400.00	300%
América del Sur:	140.00	320.00	129%	480.00	243%
Europa:	220.00	360.00	64%	520.00	137%

V

Cuando en el siglo XIX los Estados nacionales se hicieron cargo del servicio de correos depositaron en él la función de unir en lo interior a cada país y de comunicarlo eficazmente con el resto del mundo. Uno de los objetivos primordiales de esa medida (y un instrumento fundamental del progreso) fue la diseminación de las ideas. Con objeto de favorecer el continuo intercambio sin el cual las culturas nacionales se extinguen y son devoradas

por el más fuerte, desde un principio los convenios establecieron franquicias postales y tarifas más reducidas para libros, periódicos y revistas. Hasta donde sabemos, México sólo comparte con el riquísimo Japón, las Filipinas del señor Marcos y con Uganda la vergüenza internacional de haber eliminado este mínimo e indispensable subsidio a la cultura.

Esta manera suicida de concebir el "realismo" y el "fin de la economía-ficción", esta actitud brutalmente nociva para los intereses de la nación y del mismo Estado, equivalen al exterminio de las revistas que, muchas veces con sacrificios heroicos, se hacen en todo el país, no sólo en su capital hipertrofiada. En primer término, suponen la decapitación de la industria editorial mexicana, la que hace diez años había logrado por ver primera romper nuestro aislamiento respecto de los demás países hispanoamericanos, aislamiento que es otra de las herencias e inercias coloniales.

VI

En una inflación tan desmesurada como la nuestra lo más desmesurado de la inflación afecta al libro. No idealizamos a su industria. Es claro que, aparte de ser vehículo del conocimiento, los libros son también sujetos de mercado. No defendemos un problema industrial específico: sólo pugnamos por el derecho a la lectura.

Ni el más catastrofista de los profetas puede medir las consecuencias de esta guerra no declarada contra el libro (pensemos, para citar un sólo ejemplo, en los profesionistas y técnicos que inevitablemente formarán lo que en un artículo anterior llamamos "el grado xerox de la lectura": el hecho de que, ante la imposibilidad económica de adquirir el libro, se estudien nada más uno o dos capítulos fotocopiados).

Por lo pronto la guerra contra el libro está a punto de convertirse a México, secularmente asolado por el centralismo, en el país de una sola ciudad; aquél en donde se escribe, se imprime, se distribuye y se importa (cada vez menos) sólo para el DF.

Todo indicaría que el gobierno federal tiene una idea fija y sustenta una tesis sin contemplaciones: el libro es un artículo

de lujo: la lectura resulta un capricho menor que no se justifica demasiado en la crisis. En la práctica, no parece otra la posición del Estado, de la Secretaría de Comunicaciones y, lo que es mucho más alarmante, de la Secretaría de Educación Pública.

Ninguna de estas dos secretarías ha hecho nada para devolver a las publicaciones sus tarifas preferenciales. Por supuesto, no es fácil la solución a problemas de estas magnitudes. Pero a nuestro alcance existen situaciones modificables y una de ellas es lograr que sea derogado el decreto que suspendió el trato de excepción a los materiales impresos.

Corresponde ahora a los representantes de los partidos políticos al abrirse el nuevo periodo de sesiones de la Cámara; a las organizaciones obreras y campesinas, a los voceros de la sociedad civil y, desde luego, al sector intelectual —los universitarios y politécnicos en primer término— actuar en la medida de sus posibilidades para poner fin a una situación que, en la práctica, equivale a la más poderosa censura política y moral.

Es como si la voz sin rostro del Poder dijera a los mexicanos: "Si no tienes dinero tampoco tienes derecho a leer, a estudiar, a escribir, a publicar, a opinar, a mandar ni a recibir impresos por correo. Si eres pobre, olvida la lectura y todos esos lujos que no son para ti. La gente como tú sólo debe informarse y divertirse con lo que Televisa tenga a bien ofrecerle. Tú simplemente aplaude nuestro realismo económico; acepta resignado la austeridad y confórmate. Sobre todo, confórmate y espera. Al fin que México ha sido, es y será siempre el país del mañana".

### 3. La política de la lectura

---

*Proceso*, lunes 23 de enero de 1984

• • • I • • •

Es indispensable revisar periódicamente la situación de la lectura en México. Al parecer ya todo se ha dicho: el libro se transforma inexorablemente en artículo de lujo, hay otras prioridades, habrá tiempo de protegerlo cuando se controle la inflación que amenaza con destruir al país y cuando se aplique la política del pleno empleo.

Esta impresión es falsa. No todo se ha dicho: las condiciones en enero de 1984 son muy distintas a las que imperaban a comienzos de 1983. Al extenderse y profundizarse la crisis, el contenido de lamentaciones y protestas ha cambiado. Se estableció públicamente un falso sistema de prioridades que, sin resolver lo esencial (alimentación, empleo, educación, vivienda, seguridad pública), rechaza toda demanda que considera "secundaria".

En el ámbito psicológico los sectores más afectados han sido las clases medias. Hasta 1982 estuvieron seguras de que su avance constante era un derecho natural. La evaporación o cuando menos la disminución creciente de sus privilegios saca a la superficie su verdadero sistema de "valores" y vulnera su "espiritualidad". Ya se ha visto que ni el país era tan "atrasado" como se creía, ni tan "modernas" sus clases dirigentes.

• • • II • • •

Ante este panorama cobra enorme importancia lo ocurrido con el libro. En el lapso de un año se redefinió su papel en la cultura nacional. En cuanto práctica colectiva nunca se había leído mucho en México. Pese a los esfuerzos de los medios estatales y de la cultura conservadora, el incremento masivo de los lectores se halla indisolublemente ligado a un proceso de democratización desde abajo.

El auge que tuvieron las editoriales en el periodo comprendido a grandes rasgos entre 1970 y 1981, la explosión de los centros de enseñanza superior, la novedad del incremento de la lectura en la educación media, la conversión de unos cuantos libros fundamentales en estilos de vida, son hechos que no dependen nada más del esfuerzo oficial sino también, y básicamente, del deseo participativo, de la función de la lectura como prerrequisito de la inserción activa y crítica en la sociedad.

Es un olvido costoso no haber señalado a tiempo la relación orgánica entre la lectura y el proceso democratizador. Ni el Estado ni la sociedad civil en su conjunto han defendido al libro con la energía suficiente. Esta omisión se debe a que, en forma irreflexiva, lo han menospreciado como si fuera un simple adorno o un instrumento de diversión, sólo atendible en la medida en que se hayan satisfecho otras necesidades.

Insensiblemente se estableció un chantaje: ocupémonos de lo primordial, el libro no es un objeto indispensable. Con ello, pese a lo que digan tanto funcionarios como organizaciones de oposición, queda demostrado que, en la crisis, posponer equivale a eliminar; declarar que algo no es primordial significa privarlo de todo sentido.

### ● ● ● III ● ● ●

Nunca estará de sobra insistir en que la democratización desde abajo y el deseo y la voluntad de participación encuentran en el libro un espacio esencial. Lo contrario significaría ceder el proceso de razonamiento y desarrollo de las personas a la mera reacción (airada o complaciente) ante los dispositivos de los *mass media*.

Una desgracia adicional de la crisis es que se haya producido exactamente en los momentos en que se iniciaba un fenómeno, aún no estudiado, que podemos calificar de salto cultural: el paso de la lectura de cómics a la lectura de libros. Los libros empiezan a ganar en México un sitio como parte indispensable de la vida cotidiana, tienen por vez primera un atractivo para grandes sectores hasta hace poco excluidos de la lectura. La crisis frena la ampliación del público de los libros y precipita la

decadencia del cómic. *Kalimán*, por ejemplo, vendía hasta 1982 aproximadamente un millón y medio de ejemplares semanales. Ahora vende 400 000, como su más cercano competidor, *Lágrimas y risas*.

El que no siga extendiéndose el número de lectores lesiona el desarrollo del país. No se ha dejado de comprar libros, en proporción disminuida. Sin embargo su precio constituye una forma de censura implícita que los pone fuera de alcance para quienes más los necesitan. Este problema no es sólo de política cultural sino de cultura política. Porque si renunciamos al derecho a la lectura como derecho civil básico, estamos aceptando la eternización del autoritarismo. Ciertamente la lectura no lo es todo, pero sí es la condición básica de la conciencia democrática y de la tolerancia.

### ● ● ● IV ● ● ●

En estas circunstancias resulta esencial el programa emprendido por la Secretaría de Educación Pública para ampliar y fortalecer el sistema de bibliotecas. Otro tanto puede afirmarse de series como "Lecturas mexicanas". Es indispensable que el Estado presente una opción de lectura masiva cuando existen todas las oportunidades y, por vez primera en nuestra historia, la tendencia mayoritaria es leer libros.

La lectura en México es principal pero no exclusivamente responsabilidad del Estado. Corresponde a la sociedad civil la ampliación en todos los niveles de las posibilidades de leer para los mexicanos y la defensa de las publicaciones como parte indispensable del proceso de democratización.

El Estado tiene que definir una política frente a la palabra impresa. No es desdeñable la disminución concedida en algunas tarifas postales. Resulta un justo reconocimiento oficial a las razones de lectores, editores, libreros y grupos partidistas. Pero, hasta donde es posible saberlo, el carácter disparejo de las medidas revela una falta de sistematización, una grave indefinición en la política de la lectura. Por ejemplo, la rebaja en el envío de materiales impresos para el interior de la República, se ve

compensada por un alza de aproximadamente el 600 por ciento en el correo aéreo para el exterior.

Este es un cuadro muy parcial de lo que cuesta, a partir de enero de 1984, enviar libros, revistas y periódicos en México:

Correo interior de superficie: por un kilo, 30 pesos; por diez kilos, 320 pesos; registrado, 40 pesos.

Envíos marítimos al exterior: por un kilo, 120 pesos; por diez kilos, 800 pesos; certificado, 50 pesos.

Envíos aéreos (tarifa por kilo): América del Norte, 1 200 pesos, América del Sur, 1 400 pesos; Europa, 3 000 pesos.

● ● ● V ● ● ●

El correo marítimo era muy eficiente hace ochenta años. Como la mayor parte de los libros mexicanos se imprimían en París y en Barcelona, sabemos que el tránsito de cartas, pruebas de imprenta, y ejemplares, entre esas dos ciudades y la capital mexicana tardaba un máximo de quince días. Hoy un envío por barco demora de seis a nueve meses y existen serias posibilidades de que no llegue nunca.

En 1984 el intercambio mundial depende abrumadoramente de los aviones. Volver prohibitivas o impracticables las tarifas aéreas para las publicaciones mexicanas equivale de hecho a cancelar sus posibilidades de exportación y a eternizar su arrinconamiento. El Estado tiene la obligación política, cultural y económica de apoyar y defender a la industria editorial.

No se trata de otorgar prebendas a un comercialismo amparado en la nobleza del libro: de cualquier modo, la industria del best-seller está preparada para resistir. Quienes sufren aniquiladoramente las alzas son las pequeñas editoriales y las revistas. Se trata de precisar lo que, desde fuera, se ve como falta de congruencia o escaso afinamiento de propósitos. ¿Qué desea el Estado de la industria editorial? ¿Qué sitio le adjudica al libro en nuestra cultura?

Contra lo que se diga, no creemos que el libro "se defiende solo". Si no disponen otra cosa las potencias nucleares, de aquí a tres siglos *Cien años de soledad* y *Pedro Páramo*, *Libertad bajo palabra* y *Residencia en la tierra* persistirán y alcanzarán a sus

lectores "inevitables". Pero hay millones de lectores "evitables" que sin un clima de respeto por las ideas y la producción artística no disfrutarán de sus grandes y necesarios beneficios. El libro, como hemos visto, no se defiende solo. El Estado necesita hacer explícitas sus proposiciones sobre el papel de la lectura en la vida cultural y artística y en el desenvolvimiento democrático del país.

● ● ● VI ● ● ●

Así pues, hay que politizar la defensa de la lectura. En este sentido lo más alarmante es el continuo y brutal aumento en el precio del papel que encuentra nulas resistencias por parte de los sectores afectados. Cada alza restringe aún más el alcance de las publicaciones y muestra cómo disminuyen paralelamente la dieta de los mexicanos y sus posibilidades de expansión y fortalecimiento democráticos.

Incluso durante el mayor control cetemista y priísta los obre-ros leyeron la prensa. De allí nutrieron su visión del país, en acatamiento a la tradición histórica de México que, desde Fernández de Lizardi, ha considerado la prensa como el primer espacio de la cultura nacional.

Hoy los trabajadores y los estudiantes ven diarios y revistas cada vez más fuera de su alcance. Como parte del proceso despolitizador, se les asegura que cuanto tienen que saber del país son las impresiones generales (inflación, corrupción desmoralizadora, catástrofes, violencia omnipresente, asaltos, asesinatos monstruosos, discursos, planes, proyectos, grandes sucesos internacionales, deportes, espectáculos) y que para ello bastan los grandes medios electrónicos.

Con un partido oficial ya sólo apto para votantes y firmadores de asistencia en grandes concentraciones; con una oposición débil y sin órganos periodísticos de alcance; con una prensa "nacional" que cada día se vuelve más local obligada por las circunstancias, una prensa nunca convencida de sus poderes y obligaciones formativas, y dirigida cada vez más a una minoría que la lee cada vez menos, es evidente que la crisis periodística es la prueba más visible de la cerrazón social.

A partir de 1968 los estudiantes leyeron diarios y revistas. En 1984 a la mayoría estudiantil (y el fenómeno se encona en el interior, sobre todo en las zonas más alejadas del centro) la prensa se le ha vuelto económicamente inaccesible. Se da el caso aterrador de que se está obligando a un millón de personas, los futuros cuadros dirigentes del país, a depender del rumor, la imaginación, la experiencia personal, o bien de las imágenes televisivas a merced de los locutores, para forjarse su visión de México y del resto del mundo. De golpe —y esto indica la pasividad que engendra como destino fatal la resignación ante cada aumento del papel— se da por sentado que se pierde poco si no se leen diarios y revistas. Y el círculo se estrecha sin que nadie haga nada para romperlo.

● ● ● VII ● ● ●

Se dirá que la crisis económica es internacional y que reflejos de esta naturaleza son inevitables. No obstante, estamos seguros de que en México el futuro de la democratización (sólo se opone a la barbarie aquello que nos distancia de la barbarie) está indisolublemente ligado a la lectura.

El libro y sus ampliaciones democratizadoras como el periódico y las revistas no tienen sustitutos en lo que se refiere al cultivo y transmisión del conocimiento, al entendimiento de la experiencia ajena, al ejercicio y el disfrute de la imaginación y el humor; así como en lo que respecta a la preservación crítica de las tradiciones y la formación democrática.

Vigorizar desde la sociedad civil, y no nada más desde el Estado, el sistema de bibliotecas públicas, salvar a las pequeñas editoriales y a las revistas (en primer término, a las publicaciones del interior que están rompiendo con la hegemonía centralista), impedir en fin que se prive al pueblo de México del derecho a la lectura es al comenzar 1984 una de las respuestas colectivas más impostergables.

## Elena Poniatowska

### ¿Volver a la cultura oral?

---

*Unomásuno*, 2 de marzo de 1983

Si Juan Rulfo hubiera escrito en 1982, tendría que ir de pueblo en pueblo contando *El llano en llamas* con su expresión triste y su voz de soldado raso. Quién sabe si le habrían quedado ánimos para *Pedro Páramo* y así, México habría perdido una de sus obras maestras.

Tal parece que a eso conducen todas las medidas tomadas por el gobierno. A una cultura oral. De ahora en adelante, vamos a platicarnos los libros, si es que todavía nos quedan fuerzas. Su publicación será tan azarosa como la vida de Susana San Juan sobre la tierra y su distribución, casi imposible. Las tarifas postales los encarecen tanto que ya no hay modo de enviarlos a provincia. El porte ha pasado de 50 centavos a 35 pesos el kilo. *Días de guardar*, de Carlos Monsiváis costaba en 1970 cuando apareció 70 pesos, y ahora cuesta 520. *Aura*, de Carlos Fuentes, delgadísimo, 64 páginas, costaba 18 y ahora cuesta 96 pesos. *El apando*, de José Revueltas, también pequeño: 64 páginas, costaba 18 y ahora cuesta 96 pesos. Añadamos al importe actual del libro, su flete a provincia y veremos que es traumática la adquisición de un libro cuando el salario mínimo del mexicano es de 455 pesos diarios.

Por esto la carta del chiapaneco Armando Ramos Ortega pu-

blicada en *Unomásuno*, el domingo 27 de febrero, resulta dramática.

“Desempeño labor docente —dice el profesor— y siento una imperiosa necesidad de estar actualizado. Día con día nuevos estudios e investigaciones vienen a enriquecer los contenidos científicos y me desespero porque si bien yo, en lo personal puedo dejar de comer un día o de comprarme zapatos o ropa con tal de llegarle al precio de un libro que me interesa, no puedo dejar de darle de comer a mis hijos y de cubrirles otras necesidades por demás elementales.”

Como nunca la crisis demuestra que los problemas culturales son problemas estructurales. Un pueblo sin libros es todavía más indefenso ante el capital y el imperialismo. Lo que hace posible el conocimiento y el pensamiento es la relación entre el libro y el lector. Rota ésta, quedamos al garete, y si Vasconcelos pretendió darnos una identidad nacional proponiendo la lectura de los clásicos, de Platón, Plotino, Goethe, Dante, enraizándonos en lo mejor de la cultura universal, también quiso mexicanizar la educación, fundarla en “nuestra sangre, nuestro idioma, nuestra gente”. Así les pidió a los estudiantes que volvieran sus ojos hacia el suelo de México, sus costumbres y sus tradiciones. ¿De qué valieron las mil escuelas rurales, el ejército de maestros, las cruzadas de alfabetización, el espíritu de la Preparatoria de San Ildefonso, el arte al aire libre, los murales que explican la grandeza de México, el orgulloso “Por mi raza hablará el Espíritu” si, en 1983, no vamos a poder imprimir libros ni mucho menos repartirlos? Resulta que ahora el gobierno ha tomado la decisión de que paguemos la crisis no sólo como contribuyentes sino también como lectores.

Hablar de los traductores que no tienen trabajo porque las editoriales no pueden adquirir títulos extranjeros en la estratosférica suma de 6 mil dólares de anticipo, puede parecer en el México de 1983 altamente sofisticado. También lo es hablar de problemas más específicos como el costo del papel que ha subido de 45 pesos el kilo en 1982 a 78 pesos en 1983. Hasta el papel Revolución que usamos los periodistas para hacernos más revolucionarios cuesta 35 pesos el ciento. Y eso, sólo en ciertas tlapalerías. Porque ese papel es tan corriente que allí se vende.

Se trata pues de defender el derecho de una cultura a existir transformada en libros. Cuando un autor dice que sólo considera vivido lo escrito, repite lo que muchos creen, escritores o no. Carlos Fuentes escribe en su diario todo lo que no hace. Los adolescentes escriben diarios, hacen poesía; mi hija de doce años guarda en una caja de cartón las misivas amorosas de sus compañeros de clase. Así queda consignada su infancia. Por lo tanto, la comunicación a través de la escritura y la lectura forman parte intrínseca de su vida cotidiana. Para ella, lo grave, lo importante se escribe.

Si se aleja el libro de la atmósfera cotidiana convertiremos la adquisición de un libro en una rareza: “Querido Diario, hoy compré un libro”. Y muchachos y muchachas que podrían ser escritores desistirán de su vocación y se perderán como hombres. Porque no se trata sólo de un problema de lectura sino de creatividad.

Desde el punto de vista de los escritores éste es un golpe muy duro a los jóvenes. ¿Cuántos jóvenes, de acuerdo a criterios estrictamente comerciales son rentables? ¿Cómo vamos a defender el derecho de los jóvenes a ser publicados sin que esto se convierta en una hazaña económica del editor? ¿No podremos entonces leer a los que ya publicaron y quieren seguir haciéndolo como Agustín Ramos, Kyra Galván, María Luisa Erreguerena, Javier Córdova, Jaime Vázquez y cientos de miles?

La crisis de la industria editorial es crisis cultural. Afecta la posibilidad misma de la enseñanza superior y la convierte en enseñanza media, como dice Carlos Monsiváis, porque al encarcerar el libro lo desaparece del horizonte de todos los días y le quita a la lectura su sentido democrático. Desde el punto de vista formativo vulnera la estructura educativa actual que había avanzado y sabotea las posibilidades de nuestro país.

Podrá decirse que no tenemos por qué hincarnos ante el libro, que el precio del azúcar subió —gracias a la infinita torpeza y corrupción del sexenio de Quetzalcóatl— de 1976 a 1982 y que un kilo de 2.50 ahora cuesta 13.50, el litro de aceite de 16.85 subió a 80 pesos, el de frijol negro de 7.90 a 30 pesos, el de leche de 4.50 a 28 pesos, el huevo de 17.80 a 50 o más. No, no se trata de adorar al libro sino de evitar su destrucción

Que dentro de cien años no vayamos como ahora a la arqueológica visita de las Obras del Templo Mayor a ver qué piedra quedó, a admirar al único y profético sobreviviente Jorge Ibarguengoitia, que señala: Estas ruinas que ves.

Se trata también de que las autoridades escuchen y no dicten órdenes a diestra y siniestra para dar marcha atrás, que no promulguen leyes falaces, que la consulta popular sea un hecho, que se entable un diálogo con asambleas de editores, libreros y escritores, que no sean los libros los que paguen el pasado sexenio, llamado del petróleo, cuyos "veneros", dijo López Velarde, escribió el diablo".